

POESIAS

POR

F. Salvador Raman

PRESBITERO

CATEDRATICO DEL SEMINARIO DE ALMERIA.

CON LICENCIA.

ALMERIA.

TIPOGRAFÍA DE CORDERO HERMANOS.

1894.

POESIAS

POR

F. Salvador Raman

PRESBITERO

CATEDRATICO DEL SEMINARIO DE ALMERIA.

CON LICENCIA.

R. 61

HEMEROTECA PROVINCIAL

SOFIA MORENO GARRIDO

ALMERIA

ALMERIA.

TIPOGRAFÍA DE CORDERO HERMANOS.

1894.

M. Sr. D.º Aut.º Amat.º Marro

El Autor



A DIOS

ODA

Arrogancia sin nombre, intento vano
fuera cantar tus glorias sin tu ayuda;
deja, Señor, que á tu bondad acuda,
y aliénteme tu nùmen soberano.

Es ante Tí, la llama inspiradora,
cual debil luz que temblorosa espira;
pierde sus notas la vibrante lira;
y el sol es sombra ante tu luz creadora.

La magestad, oh Dios, que siempre veo
de tu Ser en los seres que has creado,
sobrecoge mi espíritu menguado,
que á veces ¡ay! desfallecido creo.

Por eso acudo á Tí, como á la fuente
do aspira el alma vigoroso aliento,
que sublime del hombre el pensamiento,
y al corazón dá paz y amor ardiente.

Rasga, Señor, la nube tenebrosa
do languidece el pensamiento mío,
y de mi lira al son, con fuerte brio
la gloria cantaré que en Ti reposa.

Y al compas de los coros celestiales,
que bendice tu gloria eternamente,
brotarán, como límpida corriente,
de mis labios acentos inmortales.

Y sonoras mi lira destemplada
sus notas lanzará luego á los vientos;
y llevada entre mágicos concertos
mi alma ¡oh Dios! te mirará extasiada.

Y al unirse á los angeles del cielo
pulsando alegre lira diamantina,
el vívido fulgor de luz divina
nuevo horizonte mostrará á su vuelo.

Y extendiendo sus alas vaporosas
volará sobre mares de ambrosía;
y hallará cada vez más alegría,
más perfumes, más notas melodiosas.

¡Oh alma mía! ante tu Dios postrada
canta las glorias de su nombre santo;
y resuenen los ecos de tu canto
con claro son en la eternal morada.

Omnipotente es Dios. Los mundos crea;
y llena el cielo empíreo de querubes

y forma tempestades en las nubes;
y viva lumbre que doquier flamea.

Humillada á sus pies, cual fiel esclava,
mira el Señor la sierra de alta cumbre;
y enciende en su profundo viva lumbre,
que arroja el crater en hirviente lava.

Cuando Él habla retumba pavorosa
su omnipotente voz, cual ronco trueno,
que conmueve del mundo el hondo seno
en la lóbrega noche tormentosa.

Si sonrie aparece la mañana
dibujando doquiera los carmines,
que muestran de la tierra los confines
circundados de áurea filigrana.

El sol enciende con la viva lumbre,
que destellan sus ojos eternals;
inflama las auroras boreales;
y el rayo es su mirar de pesadumbre.

El suspira y las brisas perfumadas
á los valles descienden presurosas,
llevando entre sus alas vagorosas
los tiernos cantos de las bellas hadas.

Su paso por la haz de nuestra tierra,
cabalgando en las nubes presuroso,
produce el terremoto pavoroso,
que encabrita las cumbres de la sierra.

Entre los pliegues de su eterno manto
lleva las sombras de la negra noche,
la aroma que la flor guarda en su broche
y el aureo talisman que enjuga el llanto.

Los juegos de sus manos poderosas
son los mundos que pueblan los espacios;
sus caprichos diamantes y topacios,
brisas, flores y aladas mariposas.

El abismo sonríe en su presencia;
y los ignotos senos de la nada
al sentir el calor de su mirada,
atestiguan de Dios la Omnipotencia.

Y engendran los espacios y los soles,
y las fieras, los bosques, y los mares,
y al hombre pensador, allá en los lares
del Eden esmaltado de arreboles.

A su inmenso poder nada resiste;
todo se humilla ante su voz creadora,
el volcan, la tormenta aterradora,
los angeles, los hombres, cuanto existe,

El solo es el Eterno; á su presencia
surgen los mundos; y en rodar constante,
gira el sol y la estrella rutilante
de Dios cantando la eternal esencia.

El contempla inmutable el paso airado
de mil generaciones que perecen;

y mira las naciones que florecen
sucumbir al vaiven inesperado.

Inmutable en su trono diamantino
todos los seres que se cambian mira;
la mariposa que entre flores gira,
y el arrollo que corre cristalino.

Nace el sol y se hunde en el ocaso;
las brillantes estrellas se oscurecen;
los titanes de ayer hoy desaparecen;
todo marcha á su fin tras cada paso.

El reposo alcanzar es el anhelo
que á los seres agita; la mudanza
es imán que sostiene la esperanza
del hombre que afanoso busca el cielo.

El Sabio es Él. Su ciencia soberana
á los seres marcó segura vía;
linderos señaló á la mar bravía
y el Oriente do nace la mañana.

Solo el Señor penetra lo futuro;
del hombre siempre vé los pensamientos;
á todo presta vida y movimientos,
estables bases y marchar seguro.

Para Dios de cristal es nuestra frente
y el corazón que ama y enamora....

Todo lo vé su luz escrutadora
el negro vicio y la virtud fulgente.

Lo que fué y lo que es, le es evidente
su saber infinito nada ignora;
para Él el mañana es el ahora;
todo lo que ha de ser le está presente.

Siempre sabe lo mismo; que el progreso
es del hombre bastarda deficiencia,
nacida del pecado al embeleso,
que produjo en la humana inteligencia
de Adán y Lucifer el primer beso....

Dios lo vé todo en su infinita esencia.

El universo poderoso rige;
al peso de su diestra todo cede,
Él es la Providencia; y des su sede
lo cuenta y mide todo y lo corrige.

Él dió á las aves la pintada pluma,
tiernos cantares y ligeras alas;
adornó el horizonte con mil galas;
y el mar festoneó de blanca espuma.

Pintó los valles, perfumó las flores,
cubrió de pieles la salváge fiera;
esmaltó de rocío la pradera;
y en el iris dejó paz y colores.

Al pez vistió de impermeable escama,
prestóle remos y timon seguro;

y en el espacio incierto, frío, oscuro
puso del sol la inextinguible llama.

Él engendró en el seno de la tierra
la fuente que recorre el ancho campo;
y esmaltó de la nieve con el ampo
las empinadas cumbres de la sierra.

Él dió á las plantas savia bullidora
y fecundó sus germenos creadores,
para hacerlos brotar hojas y flores,
y ricos frutos, que la luz colora

Él á todo, por modo muy distinto,
lo atiende con amor, que nada olvida;
por eso á cada ser dióle un vida;
y á cada irracional le dió un instinto....

Y el hombre fué creado inteligente,
dotado de insaciable corazón;
y dió al angel del cielo la intuición
en un destello de su eterna mente.

Por eso ¡oh Dios! exiges que te amen
los seres, que sacaste de la nada
é iluminó la luz de tu mirada;
y quieres que en tu amor su pecho inflamen,

Mas aquellos que fueron más amados
de tu amor infinito, solos ellos
se ocultan de tu luz á los destellos,
para seguir senderos ignorados.

Sólo el hombre y el angel te abandonan,
despreciando, Señor, tu santa ley;
y forman contra tí malvada grey;
y con flores del vicio se coronan.

¡Sólo el hombre!... ¡Señor! ¡Cuanta amargura
al corazón agobia y entristece,
mirando á la impiedad que altiva crece,
maldiciendo tu Nombre en su locural...

¡Perdon, Señor! Perdon para el que osado
tu voluntad desprecia! ¡Sé clemente
con el que ingrato levantó su frente
y escupió contra Tí hiel de pecadol...

.....

Del hombre las injurias dá al olvido,
y las mias tambien, Dios Soberano!...
¡No dejes sobre mí tu justa manol...
¡No la dejes ¡oh no! yo te lo pidol...

¡Alzala por piedad! Cuanto he sufrido
bajo el yugo feroz del cruel tirano,
que me alhagaba con deleite vano
no lo olvides, Señor!... ¡Ya arrepentido
vuelvo á tu seno... mis pecados lloro...
y los odio, Señor, y los maldigol...

¡Sólo á Tí amo y tu perdon impiórol...
¡Tu mano beso y tus miradas sigol...
¡Oh mi Dios, yo te amo, yo te adolor...
¡Tu eres mi dulce bien, yo te bendigol

Á MARIÁ

ODA

Si lira divina—pulsaran mis manos,
Cantara tus glorias—con célico son;
Y en notas te diera—de grata armonía
Mi fiel corazón.

Cantara amoroso—de tu amor de madre
Los besos amantes,—que á todos nos das;
Tus dulces caricias,—tus tiernos suspiros,
Tu puro mirar.

Y en tí, Madre hermosa,—cual Reina del cielo,
Mirara tus gracias,—tu dicha y candor;
Tu frente serena,—tus ojos manando
Dulzura y amor;

Tus labios de grana,—tu ardiente mejilla,
Tu pecho de fuego,—tu boca de miel,
Tu grata sonrisa,—los miles encantos,
Que hay en tu ser.

Apacentar alegre sus corderos
Y cruzar presurosa los oteros,
Cual mariposa que entre flores gira.

Y allí su Amor la muestra su ternura
Y con guirnaldas hechas de mil flores,
Y suspiros de célicos amores
Corona de su esposa la hermosura.

Y hasta el redil la sigue, y cuando llegan
Y han dejado ya en calma su rebaño;
Libres de todo daño,
En brazos de su amor los dos se entregan.

Y en lugar escondido;
En la noche serena y silenciosa,
En plática amorosa,
Se cuentan sus amores al oído.

De ellos aprendió la blanda brisa
Su grato murmurar
Y la brillante aurora al despertar
A fingir en los cielos la sonrisa.

Las aves aprendieron sus cantares
En los cantos de amor de los esposos;
Y al tocar en sus labios ardorosos,
Se templaron las brisas de los mares;

Y al pasar el arroyo sonriente,
Hizose juguete en su corrida;
Y los cielos tomaron luz y vida;
Y el sol en su mirar fué más ardiente.

Y por eso la esposa inmaculada
Es en canto eternal siempre alabada
Por las brisa, las aves y arroyuelos,
Que elevan sus acordes á los cielos.

Ya no es Maria sólo una esperanza,
Al mundo vino ya; y desde ahora
Brilla más puro el oro de la aurora,
Y la tormenta tórnase bonanza.

Todo nos presta ya mayor consuelo
Tiene la flor aromas más suaves
Y es más alegre el canto de las aves;
Porque se acercan más al puro cielo.

El lirio de los valles delicado,
La ofrecida por Dios, la virgen pura,
El más raro portento de hermosura,
El ameno vergel immaculado

Crece ya entre los hombres; y sus flores,
Que de su alma brotan á millares,
Embalsaman del mundo nuestros lares
Y seducen á Dios con sus colores.

Sonríe el mundo de ventura lleno;
Abrense las mansiones eternas;
Y el Señor de los coros celestiales
De Maria desciende al puro seno.

Madre de nuestro Dios, yo te bendigo;
Con respeto filial tus plantas beso;
Y te pido que en plácido embeleso
Me llesves á gozar de Dios contigo.

Corre la noche silenciosa y fria;
Turban la calma angélicos loores;
Entonan villancicos los pastores;
Ya está Jesús en brazos de Maria.

Con nosotros es Dios, bendito sea;
Ante su excelsa magestad me postro;

Y le pido, Señora, ver tu rostro,
Cuya hermosura al mismo Dios recrea.

Madre del Hombre—Dios eres Maria,
Delicias miles gozará tu alma;
Y abrazando á tu hijo en dulce calma,
Del cielo escucharás grata armonía.

Mas la dicha es fugáz, pasa ligera,
Y arrastra en pos de sí todo su encantô;
Y á tí te dejará..... copioso llanto,
Que en la cumbre del Golgota te espera.

Amargo llanto, ¡ay! dolor profundo,
Que traspase tú alma dolorida;
Sufrimientos, que atraigan sin medida
Las bondades de Dios sobre este mundo.

Al pensar en tu duelo mi alma llora,
Mas si entre tanto duelo y amargura,
Te considero Madre de ternura
Y del mundo inmortal Corredentora.....

Ya no sé pulsar la triste lira,
Ni entonar triste acorde sé tampoco,
Y sólo miro en tí radiante foco,
Que puro amor al corazón inspira.

Foco de luz, que sobre el hombre cae,
Su corazón llenando de consuelo,
Que nos lleva á nosotros hasta el cielo,
O que los cielos á nosotros trae.

Nos engendraste, Madre, entre dolores
Y suspiros de amor y llanto ardiente;
Calma por ellos el pesar que siente

El alma, que no gustá tus amores.

Madre de amor, pues que nos amas tanto,
Como dolor sufriste en tu martirio;
Llevanos de tu amor en el delirio.
A gozar del Señor tres veces santo.

Llevanos pronto, sí, Madre adorada,
Y el hombre, que te admira en el Calvario,
Que te adore en eterno santuario,
De puros serafines coronada;

Y cante sin cesar enamorado
Con respeto filial y amor profundo,
A la que fué del mundo
Tálamo *Deiviril* Inmaculado.



A. B. Tomas de Aquino

ODA

Para cantar las glorias del coloso
Que llegó de la ciencia á los confines,
Sólo el divino acento melodioso
De alados querubines
A mi labio dará dulce armonía;
Sólo el Señor, que presta fortaleza,
Pondrá en la lengua mía
Los vibrantes acentos, que proclamen
La sin igual grandeza
Del ingenio precoz, que en rauda vuelo,
Dejando el mundo, remontóse al cielo.

Allí tambien, Señor, llegar quisiera,
Quien pretende cantar himnos de gloria
Al sábio y santo de inmortal memoria.
Mas arrogancia de la mente fuera,

Exaltada por mágica quimera,
Querer subir á la región divina
Donde brilla de Dios la intensa llama,
Que la mente ilumina
Y do nace la luz que á Febo inflama.
A Ícaro imitando,
Ya me creyera en la celeste altura
La lira divinal quizá pulsando;
Cuando desechas de la mente mia
Las vaporosas alas,
Turbada ya mi debil fantasía,
Perdidos sus colores y sus galas,
Bien pronto rodaria
Envuelto en las ruinas de mi mismo
A las profundas simas del abismo.

Por eso ¡Oh Dios! tu protección imploro...
Por eso sufro ¡ay! Por eso lloro....
Mas espero que venga desde el cielo
El acento sonoro,
Que arrobandome en alas de mi anhelo,
Dé vigor á mi mente,
Fortalezca mi mano,
Arranque de mi pecho temor vano
Y dé á mi alma inspiración ardiente...
Y aunque el ruber encienda mis mejillas
Y no alcance siquier á contemplarte,
Angélico Doctor, luz de la ciencia,
Postrado de rodillas
Y absorto en tu presencia,
Me atreveré á cantarte.

Ócultense la luz y sus fulgores
Entre nubes de pálido arrebol;
Por que brilla entre intensos resplandores
La luz que ha de eclipsar al mismo sol.
Enmudezcan los sábios de la tierra;
Y hable sólo el ingenio soberano,
Que entre los pliegues de su mente encierra
El misterioso arcano
Del divino saber y del humano.

Mas vosotros gigantes de granito,
Que os levantais sobre el escueto monte,
Y os perdeis en las ráfagas confusas
Del lejano horizonte,
En ansias de llegar á lo infinito...
Vosotros, que abrazados fuertemente
Claustros formais de prodigiosa altura,
Donde brotó cual cristalina fuente,
Que corre bulliciosa en la espesura,
El gérmen de los sábios y los santos,
Que en armoniosas notas
Elevaron á Dios místicos cantos;
Y descubrieron de la ciencia humana
Las regiones ignotas,
Escondidas tras áurea filigrana.
Vosotros... hablad, sí; pues fuisteis cuna
Do los hombres tuvieron la fortuna,
De hallar la ciencia y la virtud unidas
En tan amante abrazo,
Que parecian ser allí nacidas,
Mas bien que de los cielos desprendidas
Por misterioso lazo.

Vosotros... contad, sí, claustros severos
 • Pues fuisteis de Tomás el primer nido
 Sus amores primeros
 De su niñez lo que se dió al olvido...
 Su primera mirada de ternura,
 Su ingénua sencillez
 En su precoz cordura;
 Y los claros destellos de su mente
 Que hacían refulgir su pura frente...
 Referidnos su infancia
 Sus juegos, si los tuvo sus antojos,
 El mirar de sus ojos
 Y de su tierno pecho la fragancia,
 Decidnos... mas no no; callad muy luego;
 Vuestras lenguas de piedra
 Sugetas por la yedra,
 No hablarán á las almas con el fuego,
 Que las enciende en el amor sagrado
 Y disipa las nieblas del pasado.

Ya siento que la mia rauda ondea,
 Cual llama que flamea;
 Y en alas de su cuita
 Veloz cruza los montes y llanuras,
 Los valles y collados,
 Laberinto de bosques y espesuras,
 Los mares alterados;
 Y al parecer sin tino,
 Atras dejando cuanto mira ó toca
 Llega á Monte Casino;
 Y allí grabadas en la dura roca
 Las huellas de Tomás advertir cree;

Y en las piedras del santo monasterio

Le parece que lee

De su santa niñez nuevo misterio.

Allí miro á Tomás enamorado

Ante el ara sagrada,

Alabando á Jesús Sacramentado

Como alondra que trina enamorada...

Y allí vivir pretende...

Y allí suspira y cada vez más llora,

Porque á Dios no comprende...

Y á su alma del todo no enamora

La confusa figura,

Que lleva retratada

De su Dios; y por eso su alma pura

Por doquiera se queja;

Y aspira á más altura,

Si el Señor de su lado más se aleja...

Y al querer alcanzarlo

Y en lazos de su amor aprisionarlo,

Exclama con ternura:

—Decidme quien es Dios

Que conocerlo quiero,

Pues sino lo conozco, no sé amarlo;

Y si más no le amo ved que muero.

—

Mas no tarda el airado torbellino

En arrollar furioso

La dicha que á los hombres enamora.

No tarda... llega pronto á su destino,

Pero llega, cual gérmen venenoso,

Que todo lo que toca lo desdora;

Y enemigo del hombre y de su dicha,

Cambia la paz en guerra;
 Y esparce la desdicha
 Por la haz espinosa de la tierra.
 ¡Cuantas veces llevados
 Por sus ondas errantes
 Nos parece marchar como gigantes...
 Y luego ¡ay! quedamos olvidados!
 ¡Cuantas veces creemos
 Que ya la gloria nuestra sien rodea
 Y divinos fulgores centellea,
 Cuando súbito vemos
 Del corazón brotar duros abrojos
 Que á las almas producen mil sonrojos!

—
 ¡Oh fiero torbellino!
 ¿Por qué te conjurabas
 Contra un niño inocente
 Y rudo é inclemente
 Sus divinos amores contrariabas?
 ¿Por qué adusto y severo
 Tornabas á su padre cariñoso,
 Y al hermano altanero
 Y soez al criado ó desdeñoso?
 Porqué cambias las flores en espinas?
 ¿Por qué la paz alteras?
 ¿Por qué á las ansias de Tomás divinas
 Opones mil quimeras?...
 ¿Te gozas dando á la virtud tormento?
 ¡Pues maldecido seas
 Y que jamás te veas
 Victorioso salir de tus intentos!...

Mas ¡Ah! ¿Porque te agitas?

¿Acaso piensas en tu furia loca
 Arrastrar á Tomás hasta el abismo
 Do tú te precipitas?...
 No se mueve la roca
 Donde el Señor descansa enamorado,
 Mientras está el Señor á su cuidado,

—
 Como el genio del mal hermosa era;
 Su mejilla encendida,
 Su pupila ardorosa;
 Y en sus labios de rosa
 Del vicio retratadas las ficciones
 Tenia, cual si fueren
 Doradas ilusiones
 Donde los hombres quieren
 Para siempre dejar sus corazones

—
 Como fantasma que la mente sueña
 llega á Tomás y osada lo provoca...
 Mas Tomás del Señor el nombre invoca
 Y á la impura mujer héroe desdeña.
 Su hermosura, su gracia, todo es vano;
 Tomás resiste con tenaz empeño;
 Y chispeante brilla ya en su mano
 De viva lumbre un encendido leño,
 Atrás, mujer impura,
 Tomás ha conseguido la victoria
 Y al vencer tu locura
 Ha llegado á la cumbre de la gloria.
 ¡Oh Angélico Tomás! tu frente pura
 A los cielos levantas...

¡Oh alma mía! vuela presurosa

Humíllate á sus plantas
 Y contempla amorosa
 El cuadro divinal, que representa
 Un trozo de la gloria desprendido
 En un rayo de luz que lo sustenta;
 Un corazón de amores encendido
 Y un serafin hermoso
 Que ciñe de Tomás á la cintura
 Con divinal ternura
 De la pureza el cíngulo glorioso

Esparciendo doquier luz y colores
 El crepúsculo asoma esplendoroso;
 Ninguna niebla el horizonte empañá:
 Se alegra la cabaña;
 Y el arroyo sonríe bullicioso,
 Cantando sus amores
 Entre el musgo, y el césped, y las flores.
 A merced de la luz que el aire llena
 De fúlgido color y grato aroma,
 Se vé que allá en la almena
 Del castillo feudal de los Aquino,
 Que llega hasta los cielos atrevida,
 Asonado Tomás, busca afanoso
 Si vino ya quien le guiará en su huida,
 Para encontrar por el mejor camino
 En Dios grato reposo.

Como la arista leve
 Que de las auras al vaiven se mueve;
 Como rayo de luz que la alta estrella

Entre nubes destella
Y á la tierra descende entre la bruma;
Como ligera pluma
Que á merced de los vientos es llevada...
El tesoro de todos codiciado,
La prenda deseada,
Tomás se ha colocado
Entre el cielo y la tierra
En su constante anhelo
De abandonar el campo de la guerra
Para buscar el cielo
Y la gloria inmortal, que han conseguido
Los pocos sabios que en el mundo han sido.

Desciende ya, Tomás, tu planta pura
Descanse sosegada ya en el suelo,
Que de la religión el ráudo vuelo
Te dará paz segura
Y clara luz en la brillante altura
Desciende, que de Dios la providencia
Para tí ha preparado
Un maestro prodigio de la ciencia,
De la virtud dechado,
Que te enseñe á volar raudo y seguro
Por el espacio incierto,
Do viven los alados querubines;
Y te acostumbre á andar con paso cierto
Del humano saber por los confines.

¡Quién pudiera á tu lado
Llegar del claustro á la mansión bendita,
Donde el mundo aparece más menguado

Y más amplia la bóveda infinita!
 ¡Quien pudiera contigo
 Volar por las regiones
 Donde la ciencia brilla...!
 Mas perdona, Tomás, no sé que digo
 Mis palabras, engendro de ilusiones,
 Te sirven de mancilla...
 ¿Yo contigo ¡volar?... vana quimera...
 ¿Yo á tu lado aprender?... fué desvario...
 De mi exaltadamente sueño era
 O soberbia ambición del pecho mio

—
 Marcha tú por senderos ignorados
 Hasta llegar al templo de la gloria;
 Mientras yo canto amante
 Con sonos destemplados
 El cántico triunfal de tu victoria.
 Ya te miro anhelante
 Buscando de la ciencia algun secreto
 O á Dios pidiendo ayuda
 Para calmar tu pensamiento inquieto
 Que lucha con la duda.
 Ya miro como vuelas
 En brazos de la fé que tu alma inflama
 Y al mundo que te aclama
 Angélico Doctor de las Escuelas.

—
 La santa fé es tu escudo;
 Y tu espada cortante
 Es la gallarda pluma;
 Y el mugido que exalas. ¡Oh buey mudo!
 Para que al mundo espante, ¡

La Teológica Suma.

Ella que sirve de segura guía
 Al que cruza afanoso
 Del humano saber la mar bravia
 Sirviendole de foco luminoso;
 Ella que fué llevada
 Del saber en la espuma
 Y por quien dijo la legión impía.
 —Yo destruiré la Iglesia
 Si alguien pudiera destruir la Suma.—

Mas el sol tiene ocaso y noche el día;
 Todo llega á su fin, todo se agota
 Perfumes y colores y armonía;
 Y la nave ligera que ahora flota,
 Luego se mira desvelada y rota.
 Pero ya que en la tierra se oscurece
 La luz que vivifica á los mortales,
 Otra luz más intensa resplandece,
 Que destella fulgores inmortales;
 La luz clara divina
 Que brilla refulgente
 De Cristo en la alba frente
 Y que á todos los hombres ilumina.
 Y otra luz más allá también fulgura:
 Es la luz de la gloria,
 Que al hombre dá la última victoria,
 Monstrandole del cielo la hermosura.

En esta luz pensando
 Con éxtasis bendito.

La vida de Tomás se vá acabando:
Y mientras al Señor vuela su alma,
Jesús le ofrece del saber la palma
Desde el cielo exclamando
Con amor infinito:
—¡Qué bien de mi, Tomas, tu pluma ha escrito!

Ya es todo para tí frío y oscuro,
Por eso raudo el vuelo
Extiendes hacia el cielo:
Y marchas ¡ay! al inmortal Seguro.

Ya suenan en la gloria
Las alabanzas de tu nombre santo;
Ya escucho de los angeles el canto
Que anuncia de tu mente la victoria.
Ya en pos de tí caminan
Los que aman la ciencia;
Y los veo de hinojos
Caer en tu presencia
Pidiendote las luces que iluminan
Del saber los senderos.
Ya veo que fulguran en tus ojos
Los destellos primeros,
Que muestran del Señor la pura esencia
A tu ingente y alada inteligencia.
Ya contemplo tu alma venturosa
En el cielo ocupar trono de nubes,
Que forman los querubes
Y circunda la luz esplendorosa...

Ya subir á los cielos mi alma quiere

Y á la gloria llegar... ¡Ay! que ventura
Admirar de los cielos la hermosura
Y de la gloria el bien que jamás muere.
Más ¡ah! cuando me creo
Alcanzar de la gloria la grandeza,
Que se levanta veo,
Cual fatídica sombra, mi flaqueza.
Y turbada mi mente desfallece
Entre las nieblas del saber humano,
Cual se oculta ante el astro soberano
La estrella que en la noche resplandece...

—
Mas envuelto en las sombras de este mundo
Santo Tomás gigante me parece
Que no tiene segundo,
Que á los ingenios todos oscurece
Y que derrama ciencia de sus labios,
Como esparcen doquiera sus olores
Las pintadas corolas de las flores.
Escabel de su gloria son los sabios
Que el mundo más admira;
Del humano saber y del divino
En torno suyo gira
El foco diamantino,
Que luces mil destella,
Para marcar con vivos resplandores
La suspirada huella
Do se unen en plácida armonía
Del pensamiento humano los fulgores
Y de Dios la eternal sabiduría.

—
Allí quiere llegar el alma mia

Soberano Doctor de los Doctores...
Allí quiere gustar de tus amores
Y aspirar la ambrosia
De las célicas flores...
Allí quiero vivir; y en tu presencia
Entonaré mis últimos cantares
Al exhalar mi postrimer suspiro,
Para volar en brazos de la ciencia
A los eternos lares,
Donde vive mi Dios por quien deliro.





RECUERDOS

Son los recuerdos gigantes
que el alma nuestra engrandecen,
astros que en la triste noche
iluminan nuestra mente,
flores que del alma brotan
cuando la dicha se pierde,
cuerdas de célica lira
que sus armonías vuelven
á los tristes corazones
que su amargo caliz beben.
Son los recuerdos la aurora
que se asoma por oriente,
y viste con aureas gasas
mares y montes de nieve.
Son los encantos del alma
los perfumes que adormecen
envolviendo el corazón
en gasa suave y ténue.

Son las horas de placer
que se llevó el tiempo aleve,
y que en instantes dichosos
acuden á nuestra mente,
cual doradas mariposas
que entre flores van y vienen.
Son los recuerdos ensueños
de ya pasados placeres,
que pasados nos deleitan
más que si fueran presentes.
Son cual rios cristalinos,
que en su límpida corriente
envueltas entre sus ondas
llevan las almas alegres
á un mar de dicha formado
de pasiones inocentes.

Así pensaba yo, cuando los años
volar veía cual ligeros sueños,
que luego pasan sin dejar al alma
las penas que al pasar nos dejan luego.

Así pensaba yo, cuando al arrullo
del amor de más puros embelesos,
pasábanse los días de mi vida
de paz angelical y dicha llenos.

¡Quien pudiera gozar tan solo un día
de aquellos que volaron ya tan lejos
y sentir de los labios de mi madre
como prueba de amor ardiente beso!

Cual tierno ruiseñor enamorado,

que apenas nace el sol en raudo vuelo
el aire ondea, cual flotante espuma,
y por montes y valles vá ligero
cantando los amores de la aurora,
de las flores, las brisas y los cielos;
así mi corazón volar sentia,
cuando la infancia entre rosados velos
envolvía mi alma, como madre,
que al hijo de su amor arrulla en sueños.
¡Benditas, oh mi Dios, aquellas horas,
que impío se llevo ligero el tiempo!

Benditas sí, porque tu nombre santo
con amor lo guardaba yo en mi pecho,
como guardán las flores el rocío
que pone en sus corolas blando céfiro.
¡Quién pudiera cual antes, siendo niño,
imitar juguetones arroyuelos,
y saltar y reir entre las flores
gozando sólo en infantiles juegos;
y correr desde el valle á la pradera
como marcha veloz herido ciervo;
entre flores vagar tras mariposas
que vagozas van en leve vuelo,
velando con sus alas transparentes
de la flor perfumada el puro seno;
en mis lábios poner una sonrisa,
como la pura aurora de los cielos,
que derrama doquier grata ambrosía,
tenués colores y suave acento;
y lanzar de mis ojos inocentes
del alma candorosa los reflejos,
en mirada de angel que retrata

del tierno corazón el mar sereno!

¡Horas dichosas, tan amadas sean
como son venturosos sus recuerdos!
¡Quién pudiera, Señor, como otras veces
á tus plantas llegar con dulce anhelo,
y no sentir sonrojo en las mejillas
ni lleno el corazón de amargo duelo,
sintiendo en cambio que del alma brotan
candorosos y puros pensamientos,
que suben cual doradas mariposas
á posarse ante el trono del Excelso;
y á los piés de mi Madre Inmaculada

poner guirnaldas de suspiros tiernos,
que exhalen el perfume delicado
que lanza el alma en inocentes besos!

Mas ya no volveran aquellos dias,
que ví volar como apacibles sueños,
que fingiendo engañosas ilusiones
sólo nos dejan su feliz recuerdo.

Ya no siento del alma los aromas
que vagorosos llegan á mi pecho,
para salir despues en un suspiro,
cual blanca nube de oloroso incienso;
ya no siento rodar por mis mejillas
lágrimas tiernas de dolor sincero,
al ver á mi Jesús en la agonía
dando por mí su postrimer aliēto.

Ya sólo siento lágrimas ardientes
al pensar en los dias que se fueron,
y que no volverán acá en la tierra
á prestarme sus gratos embelesos;
ya sólo llanto de mi pecho brota

de aquellos días al feliz recuerdo,
y mi alma jamás está tranquila,
la turba siempre el huracán violento
de las pasiones, y doquier desgracias
traiciones y dolor sólo me encuentro;
y cuando miro al cielo la congoja
siento rugir en mi agitado pecho,
cual mar embravecido que conmueve
del alma triste los tranquilos senos;
y si quiero gozar algún instante,
y acallar del dolor amargos ecos,
llanto copioso de mis ojos brota,
cual rocío benéfico del cielo;
pues llorando no más, el alma puede
hallar á su dolor algún consuelo.

Ya pasaron los días de la infancia
de puro amor y de inocentes juegos;
ya no siento del alma los encantos,
que alegres sonreían en mi pecho;
ni luces, ni perfumes, ni colores
tienen ya para mí grato embeleso;
ya todo es triste como negra noche;
ya todo es frío como helado cierzo;
se perdió la sonrisa, vino el llanto;
al placer sucedió dolor acerbo;
el pecado dió muerte á la inocencia,
dejóle al corazón amargo duelo,
pasaron los recuerdos de la infancia,
son ya de triste noche mis recuerdos...
Cuando el hombre al Señor, altivo ofende
pierde la paz, le restan sufrimientos.

SONETO

FE.

V por qué no creer? ¿No fuera vano
seguir creyendo errores mundanales,
y despreciar verdades eternas,
que tú, Señor me ofreces con tu mano?

¿No fuera proceder con juicio insano,
la razón preferir de los mortales
á tu *Verbo*, que coros celestiales
anima con su aliento soberano?

¡Oh, sí, Señor! En tu palabra fío,
Lo que á ella se oponga lo desdeño.
No sufra más el pensamiento mio

del error, que envilece, el duro ceño....
Yo tomaré en tu fé potente brio,
y á la Eterna Verdad por sumo dueño.

LA PASTORA

Qué ovejas las mías,
qué hermosas, qué blancas,
de armiño suave
parecen sus lanas.
Qué alegres recorren
oteros, cañadas
y verdes praderas
de pastos sembradas.
Su leche gustosa
la más regalada,
que se bebe hoy
en esta cabafia.
Qué alegres si corren,
qué alegres si balan;
seguras si suben
la cumbre empinada;
veloces cual ciervas
si bajan la falda

y al valle descienden,
que el arroyo esmalta,
las flores perfuman
y refresca el aura.
Mis fieles amigas,
mis ovejas blancas
comparten conmigo
las horas de calma,
que pasan ligeras,
cual sueños de hadas.
El día pasamos
por crestas y faldas
alegres corriendo,
sin que apenas haya
quien turbe la dicha,
que risueña canta,
ora nazca el día,
en bella alborada;
ora el sol radiante
del fuego la llama
airado fulgure
en viva mirada;
ora el día envuelto
en flébiles gasas
se oculte ligero
trás de las montañas,
que al cielo sus cumbres
altivas levantan.
Que hermosas ovejas
mis ovejas blancas,
yo diera por ellas
la mitad del alma

Mientras ellas corren
ó doquiera pastan,
de flores silvestres
yo tejo guirnaaldas,
que llevo gozosa
á la ermita santa
y al pié las coloco
de la Inmaculada,
que reina en los cielos
y en esta cabaña;
dó escucha de todos
la humilde plegaria,
y á todos nos llena
de salud y gracia.

Que Madre tan pura
que buena, qué santa;
siendo la Pastora
de todas las almas,
ha de sufrir mucho
viéndolas que marchan
por erradas sendas,
donde sólo hallan
pastos venenosos,
que matan las almas.

Si yo, Madre mía,
así estraviadas
viera mis ovejas...
qué triste llorara.

Te ruego que guardes
mis ovejas blancas,
y en cambio te ofrezco
amantes miradas,

y dulces suspiros
y amores del alma.
Cuando mis ovejas
ni corren, ni balan,
ni tienen peligro
allá en la majada...
Entonces ¡oh dicha!
qué alegre mi alma
cantares entona
de mística gracia,
que al Dios de los cielos
transportan las auras.
Y luego dormida
quedo en la majada
entre mis ovejas,
que en paz ya descansan;
y alegre despierto
cuando la mañana
reflejos de oro
doquiera derrama,
y esparce graciosa
sus flotantes gasas;
y luces, y aromas
en los aires vagan;
y endechas las aves
trinadoras cantan.
Entonces despierto;
y arrobada el alma.
yo pastora humilde
de hinojos postrada,
al Dios de la gloria
mando mis plegarias;

y unida á las aves
entono baladas,
que van presurosas
con la alegre alba
cantando las glorias
de la Inmaculada.

Desds que murió mi madre
cuanto llevo padecido,
¡Ay madre! pídele á Dios.
que no lo tenga en olvido.

Tus miradas, madre mia,
eran para mí un consuelo.
Dios te llevó de mi lado;
ya no miro más que al cielo.

Madre, con tanto sufrir,
y tan amargo llorar;
el alma tengo de luto,
y el corazón seco está.

¡Ay madre! si revivieras
y me vinieras á ver...
á la tumba te volvieras.
por no verme padecer.

SONETO

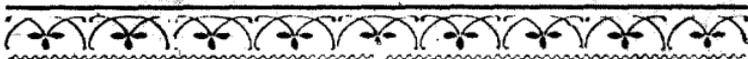
ESPERANZA

En qué puedo esperar? Hay en la tierra
Algo, que pueda darme la ventura
A que aspira mi alma sin hartura?
¡Ah! No, no puede ser, el mundo aterra

Si se toma por fin el bien que encierra.
La mañana, las flores, la hermosura,
Todo desaparece con presura...
¿El hombre? Sin cesar ó peca ó yerra,

O mutable en sus juicios nos olvida
¿Pues en qué esperaré? Si el mundo todo
No me puede saciar porque es de lodo,
¿Donde está mi esperanza apetecida?

¿Donde está quien me colme de consuelos?...
En donde mora Dios allá en los cielos.



CAL NING JESUS



Por los collados—siempre cantando,
cual triste alondra—correr se vé.
¡Ay! di zagala,—porque suspiras.
¡Ay! di porqué.

—Porque mi Amado—de mi se aleja,
siempre que canto—he de llorar
Porque lo veo,—siempre si lloro
he de cantar.

Cuando se aleja—que triste llanto
por mis mejillas siento correr;
porque es mi Amado mi dicha toda,
mi dulce bien.

Como las auras,—que vagorosas
entre las flores—volando van,
llevan perfumes—entre sus alas
hasta la mar;

—
así mi Amado—cuando se acerca,
de aromas llena—mi corazón,
que lo embriagan,—que lo adormecen
de puro amor.

—
Siempre arrobada—por sus encantos,
siempre á su lado—quisiera estar;
porque es tan bello,—¡Ay! que su ausencia
me matará.

—
Tiene en sus ojos—azul de cielo,
y armiño limpio —mi Amado bien;
y me parece—su linda boca
panal de miel.

—
Son sus palabras—tan cariñosas,
hablan al alma—tan santo amor,
que me extasían,—que me arrebatan
el corazón.

—
Su frente es tersa—como las conchas,
que allá en su seno—guarda la mar;
y yo suspiro,—porque no puedo
ir la á besar.

—
Son sus mejillas—como las rosas,
que á la pradera—prestan carmin...

allí está el fuego—de sus amores...
allí está... allí.

—
Por eso lloro—cuando se aleja,
por eso pienso—desfallecer;
porque es muy bello.—porque es muy puro
mi amado bien.

—
Porque la noche—siento que llega
siempre que El corre—lejos de mí;
y si me falta—su luz divina,
pienso morir.

—
Por eso corro—por los collados,
y los oteros—cruzo veloz;
porque me falta—del alma mía
el claro sol.

—
¡Ay! quien pudiera—de sus amores
tan regalados—siempre gustar.
¡Ay! quien pudiera—de sus miradas
ser el iman.



SONETO

Un ¡ay! universal doquier resuena,
que lleva al corazón miedo y espanto,
suspiros de dolor, lúgubre llanto,
tristes gemidos de sentida pena.

¡El placer! vano canto de sirena,
que al hombre alhaga con mentido encanto;
finge delicias, para dar en tanto
la copa de ponzoña, que envenena.

¡La gloria! es ilusión, si no es divina,
que guarda mil abrojos en su seno
y conduce á la mísera ruina,
aunque se muestre con mirar sereno.

Del mundo es el pecado y sus pesares;
virtud y paz de los Eternos Lares.

SONETO

Señor, que habitas la celeste altura,
La sien ornada de fragantes flores,
Teniendo entre los santos tus amores,
Y tu dicha eternal, y paz segura.

Tú que tras guerra sin descanso y dura
Ansías coronarnos vencedores,
Dános bríos de fuertes gladiadores
Para vencer luchando con bravura.

Ayúdanos, Señor, sé nuestro escudo
En esta lid, do tanto más avanza
El que más fiel te sigue en la pelea.

¡Que no temamos al combate rudo!
¡Que vencamos, Señor! Que así se alcanza,
Eterna paz en divinal presea.

699

SALVADOR RAMON, F.- Poesias por ... Presbítero Catedrático del
Seminario de Almería. ALMERIA, Tipografía de Cordero Hermanos,
1894. En 4º, rústica, 45 p., 1 hoja.

699

SALVADOR RAMÓN, F.- Poesías por ... Presbítero Catedrático del Seminario de Almería. ALMERIA, Tipografía de Cordero Hermanos, 1894. En 4º, rústica, 45 p., 1 hoja.